

que debían tomar los cañones de batalla que por el otro camino conducía Beltrán. Noventa zapadores divididos en tres grupos, precedían y seguían las columnas desmontando el camino. Á la vanguardia estaba encomendado el primer papel. Sus instrucciones le prevenían, desembocar el día 8 en el valle de Putaendo, apoderarse del puente del Aconcagua que comunica con San Felipe y posesionarse de esta villa; abrir comunicaciones con Las Heras por la derecha del río, y atacar al enemigo por la espalda en Santa Rosa si era posible, siendo su primer objeto marchar rectamente á Chacabuco, caso de poderlo verificar con seguridad, y hacerse fuerte allí á fin de interceptar las comunicaciones con la capital ó dejar cortada la división realista que ocupara el valle. Además, se le recomendaba insurreccionar las poblaciones de ambos valles y reunir víveres y cabalgaduras de refresco, á cuyo efecto le acompañaba el coronel chileno Portus, encargado de reunir las milicias de ambos distritos. Por último, proveíase el caso de la retirada y la derrota y todas las eventualidades posibles, trazándole las líneas generales dentro de las cuales debía moverse (54).

Toda la tropa iba montada en mulas, y marchaba en desfilada por los estrechos senderos, pero organizada á la manera de las arreas. Las cuatro mil mulas montadas estaban divididas en 200 piaras, y cada 20 soldados ocupaba una piara á cargo de un peón. Los destacamentos de milicias que ligaban las columnas como eslabones de esta cadena orgánica, estaban encargados de la custodia de los depósitos de víveres y hospitales, el cuidado de las caballadas y el especial encargo de recoger los rezagados y los enfermos. Las jornadas estaban calculadas como las de Uspallata con arreglo al pasto y

(54) Instrucciones de San Martín á Soler de 16 de enero de 1817. (Arch. San Martín, vol. XI. M. S.)

al agua, y sumaban por el camino de los Patos 514 kilómetros desde la falda oriental de la cordillera hasta la garganta de las Achupallas, y 545 hasta el pueblo de San Antonio de Putaendo, primer objetivo de la marcha en la planicie. En este orden penetraron á la segunda cordillera por el boquete de Valle Hermoso, situado á más de 3,600 metros de altitud.

El camino de Los Patos, más largo que el de Uspallata, como queda dicho, es más frígido por especiales condiciones climatológicas, y mucho más fragoso en partes, por cuanto su trayecto corre al través de grandes alturas y dentro de un macizo cortado á pique en sus contornos, sin más horizonte que las montañas nevadas que lo dominan, elevándose sobre todas ellas el gigantesco pico volcánico de Aconcagua. Por esta razón el frío de la noche es mucho más intenso, las heladas son constantes aun en el verano, y la dificultad de respirar y de moverse por el enrarecimiento del aire, produce una enfermedad que en la cordillera de los Andes es conocida con el nombre de *puna* ó *sorocho* especie de mareo á veces mortal, como consecuencia del desequilibrio en el dinamismo vital. Esta enfermedad, causó algunos estragos en las filas del ejército; pero las medidas estaban tan bien tomadas, que merced á las jornadas lentas y graduales y al específico de ajos y cebollas, pudieron hombres y bestias salvar inmunes aquellos terribles pasos con pérdidas relativamente pequeñas.

X

El coronel Las Heras seguía su marcha paralela por Uspallata. El 24 de enero hallábase acampado en el valle de este nombre, cuando recibió aviso de que la avanzada de Picheuta, compuesta de 14 hombres, había sido sorprendida por una

partida realista. Marcó, más por instinto que por previsión, había destacado una columna de 1,000 hombres de las tres armas sobre el valle de Aconcagua. Su jefe, que lo era el coronel de ingenieros Miguel María Atero, dispuso que un destacamento de 250 hombres al mando del mayor de Talaveras Miguel Marqueli, avanzara por el camino de Uspallata, transmontase la cumbre y practicara un reconocimiento, internándose en la cordillera hasta donde fuere posible á fin de adquirir noticias ciertas de los movimientos de los argentinos. La vanguardia de este destacamento, compuesta de 60 hombres era la que había sorprendido la avanzada de Picheuta, de la cual se salvaron algunos soldados que llevaron la noticia al campamento del valle de Uspallata. En el acto dispuso Las Heras que su segundo el mayor Enrique Martínez saliese con una compañía del 11 y el piquete de granaderos á caballo (110 plazas), en persecución del enemigo, el que fué alcanzado el 25 en « Los Potrerillos », con toda su fuerza reconcentrada. Á pesar de la posición fuerte que ocupaba, fué atacado por tres puntos, trabándose un combate de dos horas y media, hasta obligarlo á repasar con pérdidas la cumbre de la cordillera, llevando la noticia de que una fuerte división patriota invadía por aquella parte (53). San Martín recibió esta noticia en el punto denominado « Los manantiales », internado ya en la montaña, en momentos en que el coronel Hilarión de la Quintana le entregaba la última carta de Pueyrredón, en que le manifestaba sus temores sobre el éxito de la empresa, circunstancia que ha dado origen á la especie desautorizada de que le ordenaba retrogradar, — que han repetido algunos historiadores, — cuando, como se ha visto, lo alentaba á proseguir en ella á pesar de todo.

(53) Diario de Las Heras y de E. Martínez sobre sus operaciones por Uspallata. (Arch. San Martín. vol. XI. M. S. S.)

Este accidente desgraciado no previsto, podía cambiar la faz de la campaña, y obligaba desde luego á modificar el plan de invasión al menos en los detalles. El enemigo, apercibido de que iba á ser atacado por Uspallata, podía, antes que el grueso del ejército argentino dominara el llano, ocupar alguno de los desfiladeros de los dos caminos, y con un batallón detener su marcha calculada. La cuestión era de horas. Si en el día fijado, las dos columnas no desembocaban en los valles de Aconcagua y Putaendo y operaban su reunión, el enemigo podía acudir con toda su fuerza, reconcentrándolas sobre el punto ó los puntos ocupados, y la combinación estaba malograda. El general de los Andes, dándose cuenta de todo esto, modificó su plan sobre el terreno con arreglo á las circunstancias. En el acto dispuso, que el ejército continuara su marcha, y que el mayor de ingenieros Arcos, á la cabeza de 200 hombres, se adelantase rápidamente por un camino de atajo (que es el ramal antes mencionado), ocupara sin pérdida de tiempo la garganta de las Achupallas y se fortificara y sostuviese en ella, batiendo la fuerza que allí encontrase, para dar tiempo á las columnas de llegar á la planicie. Arcos desempeñó su comisión con actividad y valor. El día 4 se encontraba con la guardia de las Achupallas reforzada por 100 hombres salidos de San Felipe, en la conjunción de los dos caminos del descenso occidental, y después de un corto tiroteo, el teniente Juan Lavalle á la cabeza de 25 granaderos montados, daba su primera carga heroica de caballería, y los ponía en fuga, persiguiéndolos tenazmente. La campaña estaba salvada. (Véase el plano N.º VII.)

Estas órdenes eran expedidas por San Martín, al mismo tiempo que trepaba la cumbre de la gran cordillera, caballero en una mula, como cuenta la historia que lo hizo Bonaparte al transmontar el San Bernardo, no por imitación ni por modestia, sino por ser la única cabalgadura cuyo paso firme y marcha equilibrada permite orillar sin peligro los abismos de las mon-

tañas, observando y meditando tranquilamente, entregado el viajero con la rienda suelta á su instinto seguro. Su montura estaba enjaezada á la chilena, con estribos baúles de madera. Iba vestido con una chaqueta guarnecida de pieles de nutria y envuelto en su capotón de campaña con vivos encarnados y botonadura dorada; botas granaderas con espuelas de bronce como las de sus estatuas; su sable morisco ceñido á la cintura; cubierta la cabeza con su típico falucho, — sombrero apuntado, — forrado en hule, sujeto por barbiquejo, que para mayor garantía contra el viento impetuoso de las alturas ató con un pañuelo por debajo de la barba. Al tiempo de ascender la cuesta de Valle Hermoso, se ocupaba en conversar con los guías sobre los caminos laterales que comunicaban con Las Heras, para combinar las marchas y ataques de ambas columnas, cuando una tempestad de granizo se descolgó de la montaña y obligó á hacer un alto á la división de reserva que había alcanzado en aquel punto. El general de los Andes, apeóse de su mula, se acostó en el suelo y se durmió con una piedra por cabecera bajo una temperatura de 6° cent. Al tiempo de continuar la marcha, pidió á su asistente los chifles guarnecidos de plata en que llevaba su provisión de agua y de aguardiente de Mendoza, invitó al coronel don Hilarión de la Quintana, — á quien había nombrado su primer ayudante de campo, — y reconfortado por aquel corto sueño después de tantas noches de vigilia, encendió un cigarrillo de papel, y mandó que las charangas de los batallones tocasen el himno nacional argentino, cuyos ecos debían resonar bien pronto por todos los ámbitos de la América del Sud. En seguida, continuaron la penosa ascensión de la nevada cumbre, detrás de la cual estaba el llano que buscaba para combatir y triunfar (56).

(56) Inf. verbal de los ingenieros Arcos, Álvarez Condarco, general don Félix Olazabal y coroneles de la Plaza y Pedro José Díaz.

Este sitio ha conservado desde entonces la denominación de « Trinchera de San Martín ».

El 2 de febrero á las 3 de la mañana, trasmontó Las Heras la cumbre de la cordillera de Uspallata, y en cumplimiento de sus instrucciones, el 4 al ponerse el sol, fué atacado el punto de la « Guardia Vieja » por 150 fusileros y 30 jinetes, á órdenes del mayor Enrique Martínez, y después de un combate de hora y media á sable y bayoneta, tomada por asalto la posición fortificada que defendían 94 realistas, dejando éstos en el campo 25 muertos, 43 prisioneros, 57 fusiles, 10 tercerolas y cantidad de municiones y víveres. En el día anterior había recibido Las Heras un oficio de San Martín, datado en Manantiales el 1.º á las 6 de mañana, ordenándole demorase dos días la marcha de su división, para dar lugar al desarrollo del nuevo plan. En consecuencia, Martínez se replegó á su reserva en el Juncalito donde permaneció á la expectativa. La combinación volvía á sistemarse (57).

XI

El día 5 la alarma se difundió en los dos valles de Aconcagua y Putaendo. Los fugitivos de la « Guardia Vieja » llegaban á Santa Rosa de los Andes, al mismo tiempo que los dispersos de las Achupallas á San Felipe. El jefe realista que los defendía, amagado á la vez por dos puntos, y sin fuerzas suficientes con que sostenerse, no acertaba á tomar medidas. Para mayor confusión, recibió un pliego de Las Heras, proponiéndole un canje de los prisioneros de Picheuta por otros tantos de la « Guardia Vieja ». Era un ardid de la escuela de San Martín. El portador de la comunicación, que era un

(57) Diario de Las Heras. (Arch. San Martín, vol. XI. M. S.)